

## Producción espacial de la memoria. Testimonios en el Oriente antioqueño<sup>1</sup>

**Alderid Gutiérrez Loaiza**

Candidato a doctor en estudios socioespaciales, Instituto de Estudios Regionales,

Universidad de Antioquia (Colombia)

e-mail: alderid.gutierrez@udea.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9699-2563>

<http://dx.doi.org/10.5209/geop.100290>

Recibido: 16/01/2025 • Aceptado: 22/01/2026

**Resumen.** Lo espacial existe en los relatos de las víctimas no solo como un sitio donde ocurren hechos, sino como elemento estructurante de los significados de la memoria. Los estudios socioespaciales permiten comprender el tema de interés: la producción espacial de la memoria. Se utiliza el conflicto armado colombiano en el Oriente antioqueño para examinar la forma como las experiencias límite se interpretan desde los espacios percibidos, concebidos y vividos. Se presentan testimonios de memorias subterráneas de personas afectadas por el conflicto armado, con quienes se abordaron historias de vida, recolectadas por medio de entrevistas en profundidad en el año 2024. Se encuentra que lo espacial nos define y nos transforma, en medio de situaciones límite, en tanto produce un marco que le da sentido a lo vivido y que, por tanto, se inscribe en la memoria corporal, de lugar y material, como prueba tangible y simbólica de la existencia del pasado en el presente.

**Palabras clave.** espacio; memoria; estudios socioespaciales; experiencia límite; conflicto armado.

## <sup>EN</sup> Spatial Production of Memory. Testimonies in Eastern Antioquia

**Abstract.** The spatial dimension exists in victims' narratives not only as a site where events occur, but also as a structuring element of the meanings of memory. Socio-spatial studies allow us to understand the topic of interest: the spatial production of memory. The Colombian armed conflict in eastern Antioquia is used to examine how extreme experiences are interpreted through the spaces perceived, conceived, and lived. Testimonies of subterranean memories from people affected by the armed conflict are presented, with whom life stories were gathered through in-depth interviews in 2024. It is found that the spatial dimension defines and transforms us in the midst of extreme situations, as it produces a framework that gives meaning to lived experience and, therefore, is inscribed in bodily, place-based, and material memory, as tangible and symbolic evidence of the past's presence in the present.

**Keywords.** space; memory; socio-spatial studies; extreme experience; armed conflict.

1. Este artículo es resultado de la investigación doctoral: Memoria, espacio y silencio en el Oriente antioqueño, que realizo actualmente en el marco del doctorado en Estudios Socioespaciales, del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, dentro del grupo de investigación: Cultura, Violencia y Territorio.

## PT Produção espacial da memória. Testemunhos no leste de Antioquia

**Resumo.** A dimensão espacial existe nas narrativas das vítimas não só como um local onde os acontecimentos ocorrem, mas também como um elemento estruturante dos significados da memória. Os estudos socioespaciais permitem compreender o tema de interesse: a produção espacial da memória. O conflito armado colombiano no leste de Antioquia é utilizado para examinar como as experiências extremas são interpretadas através dos espaços percebidos, concebidos e vividos. São apresentados testemunhos de memórias subterrâneas de pessoas afetadas pelo conflito armado, cujas histórias de vida foram recolhidas através de entrevistas em profundidade realizadas em 2024. Constatase que a dimensão espacial nos define e transforma no meio de situações extremas, pois produz uma estrutura que dá sentido à experiência vivida e, por isso, se inscreve na memória corporal, espacial e material, como evidência tangível e simbólica da presença do passado no presente.

**Palavras-chave.** espaço; memória; estudos socioespaciais; experiência extrema; conflito armado.

**Sumario.** Introducción. 1. 1. Estudios socioespaciales. 2. Memoria desde el espacio percibido. 3. Memoria desde el espacio concebido. 4. Memoria desde el espacio vivido. 5. Testimonios espaciales de la memoria. 5.1. Testimonios desde el espacio percibido. 5.2. Testimonios desde los espacios concebidos. 5.3. Testimonios desde los espacios vividos. Reflexiones finales. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar.** Gutiérrez Loaiza, A. (2026). Producción espacial de la memoria. Testimonios en el Oriente antioqueño. *Geopolítica(s)*. *Revista de Estudios sobre Espacio y Poder*, 17(1), 155-172

### Introducción

La memoria se entreteje con lo espacial toda vez que al recordar se acude a materialidades, lugares y cuerpos que acompañan el momento de la experiencia recordada; incluso desde el presente, alguna manifestación espacial puede conducir voluntaria o involuntariamente hacia el pasado. El recuerdo contiene representaciones que nos llevan al lugar de lo sucedido, memoria y materialidades se encuentran vinculadas: «memoria de las cosas y memoria de mí mismo coinciden: ahí me encuentro también a mí mismo, me acuerdo de mí mismo, de lo que hice, cuándo y dónde lo hice y qué impresión sentí cuando lo hacía» (Ricoeur, 2000, p. 131). Objetos y personas interactúan en lugares como elementos que se almacenan en la memoria (Löw, 2008), producen una impresión en la memoria (Augé, 1998), incluso lo que se recuerda individualmente puede tener un encuentro colectivo, en la medida en que otras personas pueden evocar recuerdos relacionados, según los objetos y los lugares que se rememoren (Halbwachs, 2004).

Dada la relevancia de lo espacial en la memoria, vale la pena analizar la cuestión desde los estudios socioespaciales, ya que poseen un enfoque teórico que ayuda a la producción de conocimiento según «el papel que juegan las espacialidades» (Piazzini, 2015, p. 2). El espacio, desde las ciencias sociales, es analizado como producto de la acción social y como categoría relacional, en tanto conecta los objetos entre sí, de acuerdo con los usos, percepciones y simbolismos que hacemos de ellos (Löw, 2008). Desde los estudios socioespaciales interesa saber cómo representamos las espacialidades de acuerdo con los sucesos, dado que tales espacios de representación «forman parte de nuestra manera de vivir en el mundo» (Harvey, 2006, p. 279) y cobran sentido a través de nuestras emociones e imaginaciones.

En el presente artículo muestro la forma como lo espacial aparece en los relatos de personas afectadas por el conflicto armado colombiano, no solo como un sitio en el que ocurren los hechos, sino como elemento estructurante en los significados de la memoria. La pregunta y el problema que orienta el presente texto es ¿de qué manera los referentes espaciales producen y configuran la memoria ante situaciones límite? Por ello, el propósito del artículo es examinar

cómo los estudios socioespaciales pueden dar respuesta a esta pregunta. La investigación se ubica en el Oriente antioqueño, subregión del departamento de Antioquia que fue violentamente afectada por el conflicto armado a finales de la década del noventa e inicios del presente siglo, período donde se circunscribe el estudio.

El Oriente antioqueño es una subregión del departamento de Antioquia conformada por 23 municipios, subdividida en cuatro zonas: Páramos, Bosques, Embalses y Altiplano. Dada su ubicación geográfica (cercanía a la capital del departamento y a la capital del país, salida al Magdalena Medio, entre otros), su paisaje y clima, además de su abundancia en recursos naturales, la convierten en un espacio atractivo en términos económicos y habitacionales. Dicho atractivo no es reciente, tiene décadas, y motivó la presencia de diferentes actores armados, legales e ilegales (guerrillas, paramilitares y fuerza pública), quienes establecieron relaciones de poder que afectaron a la población por la implantación de intereses particulares impuestos desde arriba, hecho que convirtió al Oriente en un «territorio estratégico en la guerra nacional» (García, 2007, p. 141).

Bajo estas consideraciones, en el presente artículo describo, en primer lugar, la manera como los estudios socioespaciales sirven como marco interpretativo; esto lo hago mediante un enfoque de exploración documental. En segundo lugar, presento la producción espacial de la memoria, a partir de la teoría de la producción del espacio que plantea Henry Lefebvre (2013), quien propone una mirada a las prácticas espaciales, la representación de los espacios y los espacios de representación. Igualmente, haciendo uso de la estrategia metodológica de la historia oral, presento unos testimonios de personas con las que he conversado en el año 2024, quienes tuvieron afectaciones directas del conflicto armado y habitan el Oriente antioqueño, los cuales son leídos mediante la producción espacial de la memoria. Finalmente, entre varios hallazgos, los testimonios reflejan el pensamiento espacial que conservan las personas incluso sin ser conscientes de ello, también la forma como conciben y viven el espacio, durante y después del conflicto armado.

## 1. Estudios socioespaciales

Examinar los espacios desde el poder que tienen para producir conocimiento es la tarea sobre la cual se conciben los estudios socioespaciales (Piazzini, 2015); los referentes espaciales dejan de ser vistos desde una materialidad en la cual ocurren situaciones y pasan a observarse desde su capacidad para producir elementos que amplían la comprensión de esas experiencias. Tal como la acción humana produce los espacios, éstos también permiten la configuración de la acción (Löw, 2008). Los estudios socioespaciales ofrecen la posibilidad de análisis relacionales, en tanto examinan cómo los componentes materiales y simbólicos interactúan entre sujetos en sus acciones cotidianas. A esa propiedad que tienen los estudios socioespaciales de entender los espacios como productores de conocimiento es a lo que David Harvey va a llamar *espacialidades* (Harvey, 2006), mientras que llamará *lo espacial* a los diversos referentes espaciales: región, territorio, lugar, cuerpo, materialidad, entre otros. Adopto ambas concepciones en el presente artículo.

Lo espacial es un elemento central que aparece en los relatos de vida de experiencias límite, no solo como el sitio donde ocurren, sino como elemento estructurante de los significados de la memoria, en tanto puede ser concebido como «una producción social cuya dimensión simbólica y política incide profundamente en esos procesos [de memoria]» (Blair, 2013, p. 67). Una experiencia límite es un acontecimiento inusual que se integra en la historia de vida y sobre el que, en principio, carecemos de recursos para hacerle frente. El hecho de ser inusual hace que sea difícil de evitar o modificar: nos confronta e inquieta. Así, aunque el agravio, el maltrato, la violencia, los accidentes o la muerte son usuales, lo que lo convierte en inusual es que, en muchos casos, se advierten como circunstancias ajenas, que le acontecen a otras personas. Ahora, el hecho de integrarse en la historia de vida hace que recurramos a recordar tal experiencia de tanto en tanto, por la singularidad del acontecimiento, que además es límite porque se muestra como un umbral, en el cual se traía una trayectoria y a partir de ahí lo que sigue es forzosamente distinto, el sentido del mundo cambia.

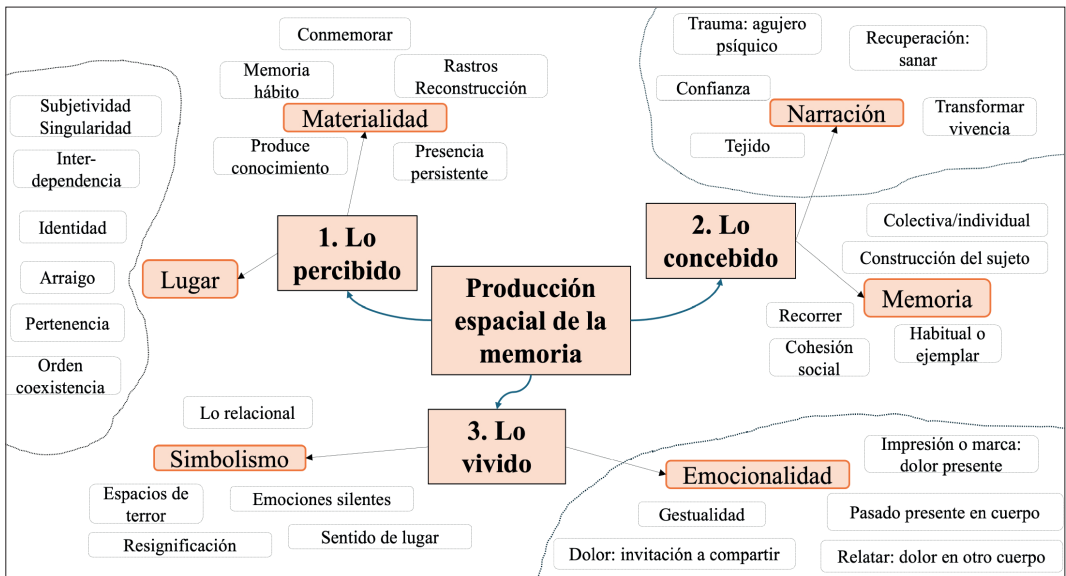
Los estudios socioespaciales proveen una categoría analítica y crítica de los espacios geográficos (Silveira, 2014), los cuales son «espacios de vida humana» (Soja, 1996, p. 1). El estudio

socioespacial sirve como herramienta interdisciplinar de análisis, entrelaza las relaciones sociales, históricas y espaciales de manera «inseparable e interdependiente» (Soja, 1996, p. 3). Vale la pena examinar la trascendencia de los espacios y de los objetos, incluso la relación que existe entre ellos de acuerdo con el sentido y simbolismo que les damos a través del tiempo, esto es a lo que se refiere Harvey (2006) cuando habla del espacio relacional. El sentido que le damos a los espacios, o los *espacios de sentido*, abre posibilidades plurales de expresión (Löw, 2008); tal pluralidad señala las asignaciones simultáneas que le damos a los espacios: «El objeto no es el espacio, sino que el espacio se extiende entre los objetos. El espacio es, por tanto, una noción que encarna la simultaneidad» (Löw, 2013, p. 31).

El desafío es examinar esos espacios como producciones en tanto pueden incidir en la producción de subjetividades, se trata entonces de reconocer el espacio (social) como un producto (social) (Lefebvre, 2013), lo cual es una invitación a leer lo espacial y sus códigos en su complejidad física, mental y social. Son estos los tres espacios que propone Lefebvre, el primero se encuentra en la *práctica espacial*, en él se muestra la especificidad de los espacios, es decir, la parte física y material como espacio geográfico, también las actividades o prácticas materializadas que en ellos ocurren (Löw, 2013). El segundo espacio tiene cabida en las *representaciones del espacio*, es decir, en las formas bajo las cuales nombramos lo que nos sucede en los espacios, en un terreno que se elabora racionalmente, dado que muestra la manera como concebimos los espacios y las prácticas que éstos posibilitan. El tercero lo ocupan los *espacios de representación* manifestados en las imágenes y los símbolos: «Se trata del espacio dominado, esto es, pasivamente experimentado, que la imaginación desea modificar y tomar» (Lefebvre, 2013, p. 98).

Entonces, la práctica espacial se percibe en lo material, de allí que se presente como un espacio percibido. A su vez, la forma como representamos los espacios se manifiesta mediante la manera como los comprendemos, se trata de un espacio concebido. Por su parte, los espacios de representación se muestran en el simbolismo que se les da a las vivencias en lo espacial, en lo que se conoce como un espacio vivido (Lefebvre, 2013). Desde este posicionamiento teórico se examina la memoria en lo que se denomina acá como producción espacial de la memoria (Ilustración 1), toda vez que una experiencia límite y su correspondiente descripción involucra los espacios en los que se percibe, se concibe y se vive.

Ilustración 1. Producción espacial de la memoria



Fuente: elaboración propia.

## 2. Memoria desde el espacio percibido

Para acercarse a la comprensión de cómo se perciben los espacios donde ocurrieron experiencias límite propongo las siguientes categorías analíticas: lugar, materialidad y cuerpo, dada la forma singular y cercana que ofrecen para entender el espacio habitado. Los lugares donde suceden tales eventos cobran relevancia toda vez que se convierten en un referente para ser recordados, se inscriben en la memoria, lo mismo ocurre con algunos objetos y cuerpos que se encontraban en ese lugar. De manera inconsciente o deliberada, lugares, cuerpos y objetos se inscriben en la memoria; veamos cómo se interpretan desde los estudios socioespaciales.

En principio, como se observa en la Ilustración 1, el lugar está asociado con el pasado, en él se crean arraigos (Agnew, 2011), este autor plantea tres dimensiones para comprender el lugar: 1) la ubicación, según el espacio, la actividad, los objetos y la interacción con otros lugares; 2) escenarios, en donde transcurre la vida y la transformación social; 3) el sentido de lugar, en donde hay singularidad, un fuerte sentido de pertenencia e identidad, y las personas participan en actividades según vínculos de solidaridad. También, el lugar implica un orden en el que se distribuyen las relaciones de coexistencia (de Certeau, 2000), se construye y diferencia mediante significados culturales y subjetivos (Gregory *et al.*, 2009). Si el mundo es extraño, el lugar es cercano, es nuestro punto de referencia para conocer el mundo, puede ser un espacio contrahegemónico, en el sentido de que allí es posible realizar actuaciones distintas de las impuestas (Santos, 1996). Los fenómenos humanos ocurren en los lugares, la Historia se muestra como un «mapa de esos lugares» (Ethington, 2007, p. 465), en donde «el pasado sólo puede conocerse situándolo» (Ethington, 2007, p. 487), esto será crucial en la forma como se les narra (en lo concebido), por lo que hay que fijarse en la manera como se describen, ya que: «los lugares son conjuntos reales e imaginarios constituidos a través del lenguaje» (Hubbard, Kitchin y Valentine, 2009, p. 8).

Los lugares se caracterizan por ciertos rasgos comunes, «se consideran: identificatorios, relacionales e históricos» (Augé, 2000, p. 58) y suelen estar cargados de significados (Barros, 2000), algunos de los cuales pueden configurarse públicamente de manera externa como los museos, las calles y parques de conmemoración, mientras que otros se conservan internamente, se les concede valor personal por lo que allí ocurrió (Nora, 2008). Así, pertenecer a un lugar puede definir a las personas, la identidad se va configurando de acuerdo con las relaciones interdependientes que se creen con otros lugares (Massey, 2004), piénsese, por ejemplo, en esos lugares otros a los que llegan las personas luego de episodios de desplazamiento forzado, destierro o despojo, algunos de los tantos hechos victimizantes que produce la guerra.

Por su parte, se dice que la materialidad importa como constituyente de la vida social. Los objetos «requieren una reflexión que los piense en tanto que agentes sociales» (Domínguez, 2005, p. 6). Como se muestra en la Ilustración 1, la materialidad permite que el pasado siga presente, se convierte en una «memoria hábito» que se conserva mediante la práctica repetitiva (Olsen, 2010). Deshacerse de objetos puede amenazar la posibilidad de narrar el pasado (Brown, Reavey y Brookfield, 2012). Las materialidades se convierten en herramientas para: traer el pasado al presente (Guglielmucci y López, 2019), mostrar la manera como las presencias son persistentes (Suárez y Guglielmucci, 2022), conmemorar (Arenas, 2014), marcar identidad (Brown, Reavey y Brookfield, 2012) e incluso como posibilidad de reconstrucción (Olsen, 2010). Las materialidades son expresiones de memoria que resisten al olvido, evidenciadas en: paredes, canciones, tejidos (Lifschitz y Arenas, 2012), altares espontáneos: grafitis, cruces, vírgenes, placas, jardines (Arenas *et al.*, 2019); y en otros rastros como: escritos, artefactos, antigüedades, reliquias, paisajes (Bradley, 2003); sobre cada uno de los cuales la palabra, expresada en relato, ha de tener lugar, porque tales huellas «no constituyen memoria a menos que se sean evocadas en marcos que les den sentido» (Suárez y Guglielmucci, 2022, p. 15).

El cuerpo también se ubica como un elemento fundamental en la producción del espacio: «cada cuerpo vivo es un espacio y tiene su espacio: se produce en el espacio y al mismo tiempo produce ese espacio» (Lefebvre, 2013, p. 218). Existen vínculos entre sensaciones, cuerpo y memoria siempre que una experiencia límite se inserta en la corporalidad y la conservamos en los recuerdos: «nuestras percepciones están impregnadas de recuerdos, e inversamente un recuerdo no vuelve a ser presente más que tomando del cuerpo alguna percepción en la que se inscribe» (Bergson, 2013, p. 80). Tales percepciones se convierten en sensaciones conservadas en la

memoria, lo que en algunos casos puede afectar el presente, recordamos el pasado porque nuestro cuerpo lo tiene presente. La memoria se evidencia en el cuerpo «como eje articulador de la dimensión sensorial del recuerdo» (del Valle, 1997, p. 60), esta autora entra en la intimidad de las experiencias difíciles «a través del relato biográfico en el que la memoria del cuerpo emerge en la cronología de la vida» (del Valle, 1997, p. 61), invita a examinar, en los relatos, las maneras en las que el cuerpo es un elemento que estructura experiencias, lugares y sensaciones. Téngase presente que, cuando la experiencia es atroz, esto es, cuando afecta violentamente al cuerpo, se pierde la confianza en las demás personas, hay un pacto implícito que se rompe: se espera que las otras personas «cuidarán de mí» (Saravia, 2016, p. 767).

Lugares, objetos y cuerpos influyen en la forma como percibimos la memoria por las marcas que producen bajo la forma de señales observables, se convierten en «inscripciones o trazos que deja lo sucedido en el espacio» (Lefebvre, 2013, p. 164). El recuerdo puede estar ocupado en las «urgencias del presente», aunque despierta «cuando nuestros sentidos entran de nuevo en contacto con la materialidad que produjo la experiencia que lo configuró» (Aguillón, 2021, p. 180). Halbwachs plantea algo similar con los espacios, dice que cuando regresamos a un lugar «lo que percibimos nos ayuda a recomponer un cuadro del que habíamos olvidado muchas partes» (Halbwachs, 2004, p. 25), lo mismo sucede con el cuerpo, permite «despertar» o traer al presente el recuerdo, mediante, por ejemplo, el olor o el tacto (Olsen, 2010). Así, lo espacial se convierte en una prueba observable de la existencia del pasado (Ethington, 2007). Esta es, sin embargo, una primera aproximación del espacio en la memoria, desde lo percibido, veremos lo que sucede desde lo concebido y lo vivido, además, cómo se entiende la producción espacial de la memoria como un todo, según algunos testimonios ilustrativos.

### 3. Memoria desde el espacio concebido

Representamos el espacio según la manera como interpretamos o concebimos nuestra realidad, «las representaciones del espacio estarían penetradas de un saber» (Lefebvre, 2013, p. 100), que se manifiesta mediante el discurso. La existencia tiene una dimensión narrativa (Auge, 1998), «todo discurso habla desde un espacio» (Lefebvre, 2013, p. 184), espacio en el que la memoria se construye discursivamente (Erlil, 2012). En el recuerdo de experiencias límite, saberes y concepciones surgen mediante el relato, una de las formas de acercarse a la memoria es a través de la palabra, la memoria está atravesada por el lenguaje: «recuerdos y olvidos se ponen en palabras para crear la memoria» (Blair, 2002, p. 26). En las representaciones espaciales de hechos traumáticos que se manifiestan en los discursos, aparece la palabra «para dar voz a lo indecible y volverlo más controlable» (Blair y Londoño, 2003, p. 108).

El relato está en el discurso, después aparece la narrativa como una descripción más elaborada en forma oral o escrita, bien sea por la misma persona que relata u otra. Narrar es un arte en el que se cuenta una historia sin explicaciones, implica la capacidad de retener experiencias para seguir contándolas, puede perderse cuando se dejan de tejer los hilos que brinda la escucha (Benjamin, 2016). En la narración existen referentes culturales y significantes que dan cuenta de cómo se concibe lo sucedido; el narrador recurre a su experiencia y, de cierto modo, a la de las demás personas, describe sus vivencias y su dignidad como una forma de ser justo para consigo mismo (Benjamin, 2016); se dice que «lo narrable es sinónimo de lo justo» (Cohen, 2003, p. 53), toda vez que pone al descubierto las tribulaciones vividas, en pos de reconocimiento social y con miras al porvenir. En la narración suelen utilizarse referentes espaciales y «estas aventuras narradas (...) producen geografías de acciones» (de Certeau, 2000, p. 128).

En la narración del trauma existe una búsqueda por la dignificación: «las experiencias aterradoras se pueden integrar en las historias de vida como una manera de aportar una redención colectiva e individual, además de dar fortaleza y capacidad de recuperación» (Blair, 2002, p. 15). Recuerdo y palabra se unen como mecanismos que ayudan a sanar (Ilustración 1). Tal sanación pasa por el reconocimiento que significa hacer público el duelo: «la puesta en palabras del dolor» (Blair, 2002, p. 18). Al hablar de experiencias traumáticas, Ernest van Alphen (2021) considera que narrar la experiencia implica una forma de transformar la vivencia (Ilustración 1). Aunque, en algu-

nas ocasiones, el trauma crea «un hueco en la capacidad de ser hablado o contado» (Jelin, 2020b, p. 566).

Ahora, nos hemos movido en el plano de la memoria, la cual alude al pasado, al recuerdo, a esa «capacidad de recorrer, de remontar el tiempo» (Ricoeur, 2000, p. 128). Para Michael Pollak, las sociedades suelen regresar al pasado para mantenerse cohesionadas (Ilustración 1), por ello entiende la memoria como una «operación colectiva de los acontecimientos y de las interpretaciones del pasado que se quiere salvaguardar, se integra en tentativas más o menos conscientes de definir y reforzar sentimientos de pertenencia» (Pollak, 2006, p. 25). Esta idea de cohesión, pertenencia e identidad la refuerza sosteniendo que «uno sólo recuerda a condición de situarse en el punto de vista de uno o varios grupos y volver a colocarse en una o varias corrientes de pensamiento colectivo» (Pollak, 2006, p. 36), todo lo cual interviene en «la construcción del sujeto» (Llona, 2012, p. 16). Para Paul Ricoeur la memoria tiene tres rasgos fundamentales, el primero es la singularidad de esta: «mis recuerdos no son los vuestros» (Ricoeur, 2000, p. 128); el segundo es que la memoria configura una conciencia con el pasado, de ahí se crea la forma como lo concebimos; el tercero está referido a la orientación temporal que va del pasado hacia el futuro, atravesado por un «presente vivo» (Ricoeur, 2000, p. 129).

En la memoria existe un juego de temporalidades en donde se examina el pasado desde el presente en dirección al futuro. Inquietamos el pasado para construirle un sentido según las concepciones que tengamos: «Esta interrogación sobre el pasado es un proceso subjetivo; es siempre activo y construido socialmente, en diálogo e interacción. Esta noción de memoria contrasta con lo que se suele llamar memoria «habitual» o automática, donde no hay reflexión» (Jelin, 2020b, p. 565). La memoria se convierte en «ejemplar» cuando alude a experiencias traumáticas y media en ella un espacio para la reflexión hacia la búsqueda de sentido o «como modelo para comprender situaciones nuevas» (Jelin, 2020a, p. 434). En adelante, veremos cómo la memoria no sólo se percibe y se concibe en el espacio, sino que también se vive en sintonía con los sentimientos que produce: «la memoria no es sólo responsable de nuestras convicciones sino también de nuestros sentimientos» (Todorov, 2000, p. 19). Veremos no sólo cómo la gente ve o concibe su experiencia en el espacio sino como la siente (Chevalier, 1974). Nuestra emocionalidad, activada desde los lugares, las materialidades y los cuerpos, está relacionada con lo que imaginamos, concebimos, recordamos y percibimos.

#### 4. Memoria desde el espacio vivido

El espacio vivido precede al pensamiento en un encuentro de sensaciones, imaginaciones y resistencias, un espacio de representación abstracto y subjetivo sobre el que se crean códigos y sentimientos: «tal espacio adquiriría un valor simbólico. Desde esta perspectiva, los símbolos implican siempre una inversión afectiva, una carga emotiva, depositados sobre un lugar particular» (Lefebvre, 2013: 192). En este espacio vivido se manifiestan producciones menos perceptibles, llenas de sentido mediante símbolos e imaginarios (Blair, 1998). Observamos ya la parte material, ahora nos detenemos en la parte abstracta, simbólica (Ilustración 1); lo que nos sirve para mirar cómo las experiencias traumáticas vividas en lo espacial suelen quedar grabadas en la memoria, se les carga de significados que se manifiestan tanto en la emotividad, como en la corporalidad. Recalco en este apartado el papel del cuerpo en la memoria como espacio vivido. Aunque antes de iniciar con el cuerpo, muestro el simbolismo que le damos a los lugares y a las materialidades.

Los lugares con los que nos sentimos identificados los cargamos de simbolismo (Ilustración 1): «los lugares, fuera de su materialidad, siguen existiendo con unas características específicas que trascienden la objetividad y que se fundamentan en la carga emotiva, simbólica y en el sistema de recuerdos —y olvidos— de los individuos» (Giraldo, 2018, p. 1304). Se habla del sentido de lugar y de topofilia para referirse a ese «lazo afectivo entre las personas y el lugar» (Tuan, 2007, p. 13), este autor sugiere fijarse en las formas como se nombran los lugares, sus adjetivaciones. Yory profundiza en el tema y dice que en el valor que se les da a los espacios existe una íntima relación entre el ser y el estar; el lugar es un acto de ser, no es solo la emoción la que nos arraiga a los lugares sino el sentido que le damos a ellos, la forma como los cohabitamos; estamos adscritos al

mundo a través de la idea que le damos al lugar (Yory, 2007). En ocasiones, un lugar puede ser nombrado, para hacerlo único y recordarlo, de acuerdo con el simbolismo que encierre (Löw, 2008). Los lugares dan y adquieren significado según lo que ofrezcan social y moralmente, en tanto pueden estar asociados con aspectos sagrados o ideológicos (Agnew, 2011) y, en algunos casos, producir un sentimiento corporeizado de bienestar (Lindon, 2012), aunque en otros casos el sentimiento puede ser de terror (Lindon, 2009), estos últimos generan sensación de inseguridad, por lo que se conciben como topofóbicos (Araya-Ramírez, 2018).

Por su parte, en la materialidad también existen cargas simbólicas que sirven para recordar el pasado, los objetos se conservan afectivamente: «El entusiasmo por la preservación nace de la necesidad de tener objetos tangibles en los cuales se pueda apoyar el sentimiento de identidad» (Tuan, 1977, p. 77); de esta manera se preservan lazos identitarios con el lugar o con la comunidad a la que se pertenece, por valores como la confianza o la moral. Los objetos brindan respuestas emocionales; las cartas, fotografías, prendas de vestir nos evocan recuerdos que se archivan en la memoria (Arenas, 2014). Los artefactos tienen la característica de la perdurabilidad, conservan el recuerdo, por ello, llevan consigo unos vestigios del pasado, unas rugosidades; el cuerpo y los lugares también poseen esa característica. Milton Santos introduce el concepto de rugosidad para significar la forma como el pasado se conserva en el presente mediante lo espacial; aunque con el tiempo cambie la funcionalidad de los espacios, estos tienen la capacidad de acumular y superponer procesos históricos, sociales y económicos que los han configurado a lo largo del tiempo: «El espacio, por lo tanto, es un testimonio [...] El espacio es una forma, una forma durable, que no se deshace paralelamente al cambio de los procesos» (Santos, 1990, p. 154). Así, las rugosidades son sedimentos del pasado que se conservan en el presente, por lo que la percepción de las personas se inscribe en tales rugosidades (Santos, 1990).

En cuanto al cuerpo, Ahmed explora lo que hacen las emociones, se inquieta por cómo el hecho de «ser emotivo» caracteriza a algunas personas y moldea sus cuerpos a la acción (Ahmed, 2015, p. 24). Entre el recuerdo, el cuerpo y las emociones existen vínculos directos, piénsese por ejemplo de qué manera un dolor puede regresar al ser recordado: «se puede sentir dolor al acordarse de un trauma pasado [...] el dolor que sentimos es un efecto de impresiones pasadas, que a menudo están ocultas» (Ahmed, 2015, p. 55). La autora utiliza el término *impresión* para referirse a los pensamientos, sensaciones corporales o las emociones que experimenta el ser humano y dejan una marca (Ilustración 1); las impresiones traen consigo un movimiento del cuerpo frente a otros cuerpos, implican (con)moverse. Ahora, cuando las sensaciones de dolor o las impresiones son intensas, el cuerpo toma lugar: «la experiencia de dolor no desconecta al cuerpo en el presente, sino que vincula a este cuerpo con el mundo de otros cuerpos» (Ahmed, 2015, p. 59); la autora invita a leer esos cuerpos desde el dolor que manifiestan, incluso desde el miedo, dice que los cuerpos se encogen cuando temen, restringen su movilidad: «el miedo funciona para contener algunos cuerpos de modo que ocupen menos espacio. De esta manera, las emociones funcionan para alinear el espacio corporal con el espacio social» (Ahmed, 2015, p. 115).

Al hablar del dolor causado por un trauma y su relación con el cuerpo, se advierte que ese dolor queda «atrapado en el cuerpo que lo ha sufrido» (Jimeno, 2008, p. 264). Esta autora decide distanciarse de la idea de que el dolor imposibilita transmitirlo mediante el lenguaje, por lo que propone que el relato (Ilustración 1) y la solidaridad pueden permitir que «mi dolor resida» en otro cuerpo (Jimeno, 2008, p. 278). Por ello, sugiere al investigador social que no ignore las manifestaciones de dolor:

Lo que aquí está en juego no es solo el tema de la memoria individual traumática, sino más bien los procesos sociales y los mecanismos culturales por los cuales los sujetos individuales conectan su experiencia subjetiva con otros y la convierten en experiencia intersubjetiva y, por lo mismo, apropiable de manera colectiva. Es la creación de una comunidad emocional en la cual pueden recobrar su sentimiento de participación ciudadana (Jimeno, 2008, p. 287). Y es que a veces el dolor causado puede destruir el sentido de comunidad, cuando destruye la «capacidad de comunicar» (Das, 2008, p. 411). Veena Das invita a ser consiente y acompañar al cuerpo que sufre, como un acto sanador, en tal sentido, se propone vencer la imposibilidad de comunicar el dolor: «la expresión del dolor es una invitación a compartirlo» (Das, 2008, p. 431). El cuerpo vive, conserva lo vivido, se expresa con palabras, emociones y gestos (Ilustración 1). Se trata de leer ese cuerpo que está ahí como un «territorio que es al mismo tiempo tangible e inabarcable» (Fre-

jdkes, 2015, p. 1), examinarlo como un espacio expresivo. Mediante el cuerpo, «los seres sociales experimentan el espacio y la historia, lo corporal como experiencia y práctica situada, significada y significativa» (Huffschmid, 2013, p. 116). Al respecto, Guzmán (2010) invita a abrir la mirada hacia la gestualidad que se manifiesta en los relatos, incluso en el silencio, detenerse en comprender lo que comunica un gesto; describe tipos de gestos como: involuntarios, espontáneos, aprendidos, conscientes o con objetivo explícito. En particular, sugiere fijarse en el rubor de la cara, la sudoración, las palpitations, el temblor de las manos o del cuerpo, entre otras manifestaciones corporales; a todo este ejercicio lo llama «reflexiones encarnadas», de ahí el nombre de su obra, en donde invita a incorporar al cuerpo, la carne, en la investigación social.

## 5. Testimonios espaciales de la memoria

La investigación doctoral que realizo se centra en lo espacial, la memoria y el silencio en el Oriente antioqueño, acá presento varios testimonios para ilustrar la producción espacial de la memoria que he venido describiendo. Se trata de personas campesinas pertenecientes a los municipios de Argelia, San Carlos, San Francisco y Sonsón, territorios en los que el conflicto armado colombiano deja múltiples víctimas desde los actores armados: guerrillas, paramilitares y fuerza pública. La forma de acceder a los testimonios fue mediante la bola de nieve, por lo que algunos intermediarios cercanos a las personas crearon el vínculo y generaron la confianza necesaria para acercarme a las personas. El valor de esta aproximación metodológica está en examinar cómo los estudios socioespaciales permiten dar cuenta de la memoria ante situaciones límite, desde el conocimiento producido por los espacios desde las experiencias que brindan los testimoniantes.

Mediante la estrategia metodológica de historia oral y bajo técnicas de investigación cualitativa como la historia de vida y la entrevista, realicé el trabajo de campo en el primer semestre del año 2024. Acudo a la memoria subjetiva de tales personas, desde sus espacios cotidianos; un acercamiento en donde la espacialidad (Harvey, 2006) produce acción (Löw, 2008); les visité en sus hogares, de modo que, ubicados en sus espacios seguros, dieran paso al testimonio de las situaciones límite experimentadas en la época donde el conflicto armado arreció, finales de los 1990 e inicios del presente siglo, donde se presentaron los principales hechos victimizantes en el Oriente antioqueño (García, 2007). Realicé dos visitas, en donde se habló de sus historias de vida, presté especial interés a la forma cómo los espacios configuran la memoria. Acá presento cuatro testimonios (Tabla 1), que corresponden a seis personas. El tratamiento ético de los datos lo manifestaron mediante la firma de un consentimiento informado, en el cual accedieron a hacer público tanto sus nombres como la información que se recogió en los acercamientos. Para el análisis de la información partí de elementos técnicos como la transcripción de los audios, la clasificación de la información según las categorías analíticas expuestas, entre espacios: percibidos, concebidos y vividos; a partir de lo cual, analizo los relatos según la producción espacial de la memoria que expongo en el presente artículo.

Tabla 1. Testimonios de espacio y memoria en el Oriente antioqueño

Núm.	Testimoniante	Municipio	Vereda	Fecha entrevista
1	Edelmira Quintero Giraldo	San Francisco	Aquitania	27/3/2024
2	Cándida Rosa Holguín (madre) María Elvia Holguín Holguín (hija)	Argelia	Buenos Aires	05//04/2024
3	Carlina Manrique (madre) Irma Hincapié Manrique (hija)	Sonsón	Chaverras	05/04/2024
4	Guillermo Tobón <sup>2</sup>	San Carlos	San Blas	12/04/2024

Fuente: elaboración propia.

2. El testimonio de don Guillermo Tobón puede ser escuchado en el podcast: «Voces para la memoria», una producción radial que realizamos desde la Universidad de Antioquia y de la que hago parte. Disponible en: <https://open.spotify.com/episode/OujaJeOc9BM6aJzIFKu9W9?si=1b02381e968b4b9d>

En los relatos de estas personas se entremezclan las nociones presentadas anteriormente, dejando ver que el espacio es un encuentro relacional y heterogéneo. Para darle secuencialidad narrativa me acojo al orden planteado en el apartado 1; por ello, parto de algunos referentes espaciales desde lo percibido, paso a los espacios desde lo concebido, continuo con situaciones vividas en los espacios, me detengo en materialidades, lugares y emociones, transcurro por los espacios de terror, emociones, corporalidades y anhelos, todo lo cual está mediado por relatos que hacen alusión a experiencias límite del conflicto armado en el Oriente antioqueño.

### 5.1. Testimonios desde el espacio percibido

En principio, vale la pena resaltar la forma como lo espacial aparece una y otra vez y se percibe en muchos casos de manera inconsciente. Doña Edelmira, al contarme de su infancia y ubicarse donde vivía, me expresa: «*por allá* no podíamos estudiar sino primero y segundo», más adelante, al recordar el hogar donde vivía con su esposo, utiliza una gestualidad en sus manos para indicarme: «la casa era como *aquí* y así como de *p'a bajo*», la compara incluso con la casa de la infancia: «la casa de mi papá era como *aquí* y *allá*, pasaba la quebrada, la dividía un potrero». Al recordar los senderos que conectan los espacios que transitaba dice que los caminos eran de «piedra y pantano», en su relato se detiene en una materialidad que recuerda: «un puente como de aquí a esa casa de allá, largo que le daba a uno miedo», el temor se entiende porque el puente era «de puras tablas» (Quintero, comunicación personal, 27 de marzo de 2024). Otros testimonios usan referentes espaciales para describir experiencias límite: «ahí más *arribita* de la escuela» (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024) «fue al que nos sacaron de *acá*, ese fue el que mata-ron» (Hincapié, comunicación personal, 5 de abril de 2024).

Las materialidades toman lugar en los relatos, a veces como señales: «ve, en ninguna parte echaron humo, como todos cocinábamos con leña, y yo ¡ay por Dios, sería que la gente se fue! [...] Nosotros cogimos las bestias, las ensillamos y nos fuimos y no volvimos» (Quintero, comunicación personal, 27 de marzo de 2024), de la finca solo pudieron traer «de a vestido, nada más»; se observa cómo las manifestaciones del espacio producen acción (Löw, 2008), las personas decidieron irse por lo que el espacio mostraba. Don Guillermo vuelve, en el relato, a la finca que tuvo que dejar, sus elementos, productos, animales, materiales de casa, la *ramada* (lugar donde elaboran la panela): «imagínese que le arrancaron todo el techo y se llevaron todo. Cuando yo salí desplazado, yo no me traje sino una cama, la ropita, la principal, no toda, una grabadora» (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024). El desplazamiento generó despojo de materialidades, lo que amenaza la posibilidad de narrar el pasado (Brown, Reavey y Brookfield, 2012). Doña Cándida, al respecto dice: «arrancamos con lo que pudimos, [su esposo] echó ropitas, se echó a la espalda cuatro gallinitas» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Los animales pueden verse como una forma de materialidad viva que produce recursos de subsistencia y acompañan la familia; es recurrente escuchar alusiones a los animales: «se me llevaron un caballo de los míos para llevar heridos» (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024).

Las materialidades también se configuran en espacios de terror. Las minas antipersona, por ejemplo, son artefactos explosivos distribuidos por los actores armados alrededor de los caminos transitados. Las personas tenían que ser precavidas y andar solamente por los caminos de herradura trazados como senderos peatonales, salirse de allí era riesgoso. Doña Cándida cuenta que su hijo se desvió del camino para ir por un caballo que se había soltado: «cayó él en la trampa; eso ha sido una cosa muy horrible [...] si hubiera seguido por todo el camino» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Don Guillermo manifiesta que en su vereda instalaron alrededor de 107 minas, 14 de las cuales estaban alrededor de la escuela, no se explica cómo puede suceder algo así en ese lugar.

### 5.2. Testimonios desde los espacios concebidos

Los testimoniados tienen sus propias concepciones de lo sucedido en los espacios habitados antes, durante y después del conflicto armado, se trata de representaciones del espacio pensado, abstracto y racional que ofrecen una arista complementaria del poder de los espacios. Son

relatos descritos desde sus propios saberes, narraciones que de algún modo buscan poner en conocimiento lo injusto de la experiencia límite (Cohen, 2003). Fijémonos como, por ejemplo, doña Carlina manifiesta la importancia de conocer el espacio; ella recuerda que cuando escuchaban tiroteos en la noche se encerraban «a esperar que amaneciera, porque es muy diferente una cosa de noche. *Así usted conozca mucho el espacio*, usted se moviliza muy diferente y la noche es muy temerosa» (Manrique, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Y es que, el saber en el espacio involucra diversos tipos de conocimiento. Para ejemplificar, existe una práctica social que consiste en criar animales para el sustento: «lo que son las vacas y las gallinas son bien tenidas, el ganadito se ayuda en la manga pasteando, con agüita con salecita» (Hincapié, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Ese saber hacer en el espacio se recuerda con nostalgia, como una memoria hábito (Olsen, 2010), cuando las personas se desplazaron de sus hogares:

Una vez saqué yo: café, panela y pescado para vender, yo pagué trabajadores de la cogida del café, pagué trabajadores de la molienda de la caña y lo del pescado pues eso lo arreglaba yo mismo, y vine aquí y vendí café, vendí panela y vendí pescado, y me quedaron \$860.000 librecitos en una semana y le estoy hablando a usted por ahí del 2000, era muchísima plata, yo a ese golpe (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024).

La representación de los espacios produce cohesión social al integrar a la comunidad bajo entornos compartidos: «para comunicarnos teníamos que mandar una carta con algunos, una boletica p'a un mercado: mándeme esto, y esto, nada más, esa era la comunicación de nosotros» (Quintero, comunicación personal, 27 de marzo de 2024). Tal cohesión va de una generación a otra y se complementa con arraigo por el lugar: «mi mamá fue nacida y criada acá. Esto es una herencia» (Hincapié, comunicación personal, 5 de abril de 2024). En las muertes, por ejemplo, fueran violentas o no, la comunidad compartía alimentos en el momento de la velación: «la gentecita que venía había que darle el desayuno y el almuerzo, todo, llevaban un taleguito, vea su almuerzo, una hojita de plátano, echábamos la yuca, la pierna de gallina o el contra muslo, lo que fuera» (Quintero, comunicación personal, 27 de marzo de 2024). La noticia de la muerte se compartía como una forma de cobijo comunitario, por medio de ciertos códigos simbólicos, por ejemplo, en cada casa había un cuerno de vaca, lo llaman «cacho», objeto por medio del cual se produce un sonido cuando se sopla:

Uno oía tocar un cacho, quién sabe quién se murió [...] Si un muchacho [lo] cogía de juguete, se lo quitaban y le pegaban porque toda la gente sabíamos que, si no sonaba el cacho, no podíamos... ¡Eh, ave maría! (Quintero, comunicación personal, 27 de marzo de 2024).

Nombrar, como se dijo arriba, es una forma de pertenecer y de representar: «El caballo mío se llamaba Moro, y la yegua del esposo mío se llamaba Negra, y la yegüita del niño se llamaba Tala-bartera» (Quintero, comunicación personal, 27 de marzo de 2024). Doña Cándida también manifiesta: «me acuerdo de una mulita que se llamaba Mirla, uno que llamaban el Papi, la otra se llamaba el Moro, otro lo llamábamos disque el Pájaro» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Recuerdan, no solo sus nombres y el lugar que ocupaban en su familia, sino el sufrimiento de haberse tenido que desprender de ellos, en algunos casos dejándolos en la finca y, en otros, vendiéndolos apresuradamente por valores insignificantes. Estas materialidades producen arraigo y sentido de construcción familiar, se guardan en la memoria como espacios de sentido (Löw, 2008).

### 5.3. Testimonios desde los espacios vividos

La memoria conserva recuerdos según los espacios vividos: «En la vereda Buenos Aires vivimos en el último tiempo como 40 años. Queda como a 5 horas, hay que caminar bastante» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Los lugares habitados se muestran como un espacio para la producción de conocimiento:

Allá no se perdía un tronco de plátano. Se cogía un racimo de plátano, se tumbaba el tronco, se le mochaba un pedazo y se comenzaba a sacar la cáscara y a voltearla todos los días hasta que se secaba, ya hacía uno las esteras [...] no comprábamos escobas y las traperas también las hacíamos (Quintero, comunicación personal, 27 de marzo de 2024).

Con la violencia el espacio se transforma. Muchas personas tuvieron que desplazarse forzosa-mente de sus lugares de origen, lo que produce un desarraigo: «después de la violencia se des-patriaron todos» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Tal desarraigo se inten-sifica cuando el hogar que dejas es apropiado por grupos armados: «a mí directamente se me metieron a la casa, a mi casa. Nos sacaron de allá, vivieron año y medio en la casa mía» (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024). Algunas personas dicen que se desplazaron de manera voluntaria, lo hacían por el temor que reinaba en los espacios. Don Guillermo dice que tuvo dos desplazamientos, que el primero no fue forzado porque nadie les dijo nada, la muerte estaba cerca y la percibían; a su vez, doña Edelmira manifiesta que cuando vio la vereda muy sola: «toda la gente comenzó a salirse *pa'* pueblo, entonces nosotros también nos vinimos» (Quintero, comunicación personal, 27 de marzo de 2024). El lugar que se deja se convierte en una heteroto-pía en tanto existe y crea una fuerza heterogénea, un anhelo: «sin poder tener su dulcecito, su revueltico, maicito, todo se lo robaron, los más viejos que se quedaron, que no quisieron salirse, se lo sacaron, allá no había nada que comer» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Lugares y objetos sobre los que se sentían arraigados, ahora son desarraigados por la fuerza. Aunque, para algunas personas quedarse en la casa y no desplazarse fue la opción, no sólo por los vínculos con el espacio sino por la incertidumbre de habitar espacios otros: «La gente si nos dijo, que nosotros por qué no nos íbamos, y volvía uno a decir: *p'a* dónde se va ir uno en primer lugar, en segundo lugar, uno con animales» (Manrique, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Sentido de lugar y pertenencia que impide desarraigarse de él, pese a las prácticas espaciales violentas del momento.

El conflicto armado se adentra en los lugares que están cargados de significados y cambia los sentires: «eso se sentía como si fuera allí en esa curva [señala], esa balacera tan miedosa / Eso de aquí queda cerquita, se siente muy fuerte» (Manrique, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Ser de un lugar puede ser una condena a muerte: «me llamaron y me dijeron: cómo se llama la señora suya y le digo: Ana. Sí señor, esa señora es del Jordán, esa señora es una paraca» (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024). A doña Cándida le asesinaron tres hijos, en medio del conflicto armado, a pesar de lo cual, ella se resistía y quería «seguir trabajando por esa finca» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024), lo hizo durante 68 años como un lugar por el que vale la pena persistir, hasta que tuvo que desplazarse y ahora: «ya no podemos ir a la finca», lo expresa con un gesto de nostalgia desde un cuerpo que ha sufrido (Jimeno, 2008). La casa, ese lugar que habitamos, es un espacio de representación total para quien la ha cons-truido paso a paso, se convierte en un lugar sagrado por el simbolismo que adquiere en el proce-so (Agnew, 2011). Don Guillermo se conmueve, se le siente el dolor cuando recuerda que su finca «era todo hermano, era lo que yo tenía pues como patrimonio para haber sacado mi familia ade-lante» (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024), ese lugar fue pensado para producir posibilidades de acción, como la construcción familiar. Con su expresión pareciera querer com-partir su sensación, es decir, que su dolor resida en otro cuerpo (Jimeno, 2008).

Los caminos por recorrer se convirtieron en espacios de terror no solo por las minas antiper-sona sino por otros tantos hechos victimizantes: «a mí me tocó en esa carretera hermano ver ti-raos los muertos así, en la vega allá del otro lado del río» (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024), incluso le tocó ver cómo tiraban los cuerpos al río, algunos de los cuales los mata-ron «solo por el hecho de ser de El Jordán». Doña Cándida cuenta que a otro de sus hijos lo ase-sinaron por pasar por un lugar donde estaba un grupo armado: «muere el que haya pasado por ahí» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Los retenes militares eran otra prác-tica usada por actores armados, quienes se ubicaban en sitios estratégicos para controlar el tránsito de alimentos, personas y materiales: «esos retenes hermano que uno pensaba: de aquí no paso yo» (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024). En esos lugares inesperados todos tenían que detenerse, no todos continuaban. Tales senderos existen aún en las veredas, conservan rugosidades del pasado, ahora existen otras funcionalidades, ya no hay retenes milita-

res o minas antipersona, pero sí hay puentes, ríos y equipamientos que hacen que la memoria del conflicto se active cuando las personas los transitan.

La casa también se convertía en un espacio de terror. Doña Irma experimentó mucho temor cuando a un familiar suyo lo raptaron desde su propia alcoba, era de noche, «no dejaron prender luces» (Hincapié, comunicación personal, 5 de abril de 2024), a su tío se lo llevaron cerca de la casa y allí lo asesinaron, su cuerpo no podía ser recogido por nadie según la orden de los actores armados, las autoridades tampoco podían hacer el levantamiento, un cuerpo en la vía como símbolo de terror. Con todas estas situaciones límite, los lugares, materialidades y cuerpos que antes eran vividos con cariño, como una expresión de topofilia, se convierten mediante el conflicto armado en espacios topofóbicos. En unos y otros relatos aparecen manifestaciones que dan a entender que pese a amar esos espacios, ya no los frecuentan. Los espacios que producen cohesión social ahora desarticulan lazos sociales, producto de un conflicto armado que desterritorializa, desespacializa.

También fragmenta el cuerpo. En los relatos la noción del cuerpo aparece señalando la forma como el conflicto se inscribe en las corporalidades, las rompe: «lo amarraron, le encontraron los rayones de los bejucos, como sería bendito Dios esa muerte tan triste de ese hijo» (M. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Doña Edelmira cuenta cómo un joven de la vereda pasó por donde «había una mina y pum le mocho el piecito» (Quintero, comunicación personal, 27 de marzo de 2024). Doña Cándida también narra la historia de un nieto suyo «quedó negro, esa cara, le cayeron esquirlas y de todo, ese niño quedó muy mal» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024), hoy día, su nieto tiene dificultades para ver y escuchar. Don Guillermo cuenta que a alguien de la vereda «la boca lo mató» (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024), queriendo decir que habló lo que no debía. Incluso en la muerte, se quiere que el cuerpo no sufra, mientras doña Cándida cuenta que su hijo se acercó a una casa a pedir agua, salió de allí y muy cerca fue asesinado, su hija expresa: «Por lo menos no murió con sed» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024). Hay allí una memoria ejemplar, es decir, reflexiva (Jelin, 2020a). De otro lado, nuestra cultura occidental concibe como acto simbólico el hecho de enterrar los cuerpos y ubicar donde quedaron sepultados; el conflicto armado deja cuerpos dados por desaparecidos, personas de las que se presume que murieron, aunque que no se tiene certeza. Doña Irma dice que le reconforta saber dónde está enterrado su familiar: «no como a familias que se les pierden y nunca saben» (Hincapié, comunicación personal, 5 de abril de 2024), también le consuela que no lo hayan torturado. Todos estos son relatos corporales incrustados en la memoria.

Todo esto produce efectos en las emociones. Doña Cándida expresa que, en un momento dado, la situación que vivía era muy angustiante: «creí morirme, lloré hasta que me cansé» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024). La sensación de miedo también la vivían en las prácticas espaciales: «nosotros lo sentíamos y nos dio miedo que de pronto nosotros estábamos ahí solos [en la vereda]» (Quintero, comunicación personal, 27 de marzo de 2024). Había una sensación de desasosiego por el rumbo que tomarían sus vidas en nuevos espacios, indagaban en el pueblo cómo sería la situación si dejaban la vereda. De igual forma, se sobresaltaban cuando se encontraban con actores armados: «Uno bien atemorizado, [tocaba] dales de lo que hubiera» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024). También hay sensaciones de indignidad o humillación como cuando don Guillermo fue a pedir apoyo al alcalde de su municipio pues se enteró que la administración municipal estaba asignando algunas casas a personas desplazadas, el alcalde le dijo: «Guillermo que conste que no se la estoy ofreciendo yo, sino que usted vino a pedirla» (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024).

En medio de todo, los espacios vividos producen anhelos desde la memoria, en ellos hay lugar para la añoranza, doña Edelmira, al recordar su infancia me dice: «¡Ay mijito! Que nos tocara otra niñez así»; ella volvería a su vereda si todos los vecinos regresaran allí: «¡Ah, que fuera así ahora, yo feliz!» (Quintero, comunicación personal, 27 de marzo de 2024), espacios de sentido. Por su parte, doña Cándida sueña con los hijos que le asesinaron, evoca con alegría que un hijo le decía: «mamita, mamita, camine, yo quiero abrazarla a usted» (C. Holguín, comunicación personal, 5 de abril de 2024), en el sueño ella le decía que no podía, queriéndole indicar que, pese a todo, ella aún quiere seguir viviendo. Expresa también que su esposo sí va mucho a la finca que ellos tuvieron que dejar: «a él le gusta mucho estar por allá», a ella también le gustaría ir a ese

lugar que existe, aunque ya no es. Don Guillermo sueña que está sacando panela: «uno se moja la mano y la metía y sacaba el conejito y yo ahí mismo para la boca ¿Usted ha pillado ese proceso? Eso me encantaba, yo soñaba eso» (Tobón, comunicación personal, 12 de abril de 2024). En el cierre, luego del relato de los espacios vividos, doña Irma me dice: «aquí vamos, porque uno como le digo, no sé si sanará o guardará, cómo le digo, se guarda un recuerdo, pero como que todo se va calmando. Sí, tiene que ser que todo se va calmando, por decirlo así» (Hincapié, comunicación personal, 5 de abril de 2024), podría ser esta, según lo visto arriba, una búsqueda de dignificación (Blair, 2002), de reconstrucción (Olsen, 2010) o tal vez de proyección hacia adelante (de Certeau, 2000).

## Reflexiones finales

Hablar por separado de espacios y memorias percibidas, concebidas y vividas se hace con fines de comprensión de los elementos que caracterizan cada escenario, sin embargo, en la práctica, tales espacios están interconectados, son simultáneos, se encuentran entre ellos. Los espacios sociales son múltiples y heterogéneos, además, se yuxtaponen y agrupan en los discursos. Como se observa, un lugar donde ocurrieron experiencias límite es descrito desde sus componentes *en* el espacio: materiales, tamaño, aspecto, distancia, es decir, sus apariencias; al mismo tiempo, cada uno de estos elementos que lo componen encierra significados a la hora de ser descrito, algunos cobran más relevancia según quien los exponga, su lugar de enunciación, su forma de concebirlos, se trata del pensamiento *del* espacio; simultáneamente, tales componentes materiales del lugar de los hechos encubren un simbolismo que se conserva en la emocionalidad y la corporalidad de quien ha vivido situaciones no deseables allí, esto es, un discurso sentido *sobre* el espacio. En suma, en un relato cualquiera sobre un evento del pasado, se habla indistintamente de: lugar u objeto, del simbolismo que encierra, de la forma como se le concibe y los significados que recubre, así como de lo que está hecho según su apariencia, manifestados en lenguaje verbal y no verbal.

El conflicto armado no solo ocurrió en el Oriente antioqueño, sino que también fue producido por sus características espaciales y, a su vez, reconfiguró esos espacios. Los estudios socioespaciales permiten darle una respuesta a la pregunta del artículo, el papel de los espacios en la configuración de la memoria ante situaciones límite. La muestra testimonial deja ver en términos concretos la producción espacial de la memoria. A través de los relatos de algunas personas afectadas por el conflicto armado en el Oriente antioqueño se percibe cómo las espacialidades producen conocimiento toda vez que las personas conocen las formas de convivir en el espacio habitado, un saber hacer desde el espacio; conocimiento que aprenden mediante las prácticas espaciales de quienes les precedieron y las adaptaciones propias, según las necesidades de abrigo, alimentación, comunicación y protección, entre otras. Se observa, además, cómo las espacialidades producen sentido de pertenencia según la forma cómo se configuran las interrelaciones sociales, sus espacios son o fueron todo para quienes los narran, una representación espacial en la que se establecen vínculos de arraigo por los lugares, los objetos y las corporalidades desde donde transcurren las experiencias habituales o ejemplares. La narración también deja ver, por un lado, la construcción del sujeto singular según los traumas vividos y la confianza que se tenga para relatar cuando se encuentra la escucha que permite hacer público el dolor, y por el otro, la cohesión social y la solidaridad que produce lo espacial según las experiencias que en ellos ocurra; espacios de representación simbólicos y emocionales que se expresan en gestualidades, manifestaciones de dolor y tentativas de resignificación de un pasado presente. La aproximación empírica permite ver que, para describir experiencias límite, se hace uso de lo espacial de modo que pueda dársele voz a lo indecible.

Se muestra la potencialidad de los espacios relacionales. Un cuerno, una mina antipersona, un retén militar, un tiroteo, una carta, un animal de la casa, un recorrido, pertenecer a una vereda, las partes del cuerpo, entre otras, son formas en las que se manifiesta el espacio relaciona una experiencia límite vivida en el conflicto armado; por tanto, se incrusta en la memoria de la persona que la experimentó. Al relatar un episodio cualquiera, cada quien hace uso de estas formas en

las que se manifiesta lo espacial, ya sea en materialidades, lugares o cuerpos, para describir y simbolizar la experiencia de vida, hecho que les da transcendencia a los espacios, puesto que no son simples depositarios de acciones, sino que producen otras acciones, como la memoria, la impresión, la explicación y el relato. Además, son marcos espaciales llenos de sentido en la medida en que no solo se recuerdan, sino que están cargados de emociones, simbolismos e impresiones. Se observa en las relaciones y los sentidos, la simultaneidad de los espacios y las prácticas espaciales de coexistencia, todo lo cual se configura en formas de situar el pasado desde el presente.

Los testimonios de experiencias límite hablan desde el espacio, reflejan el pensamiento espacial que tenemos las personas incluso sin ser conscientes de ello, también la forma como sentimos el espacio, más allá de cómo lo experimentamos; así mismo, muestran cómo mediante lo espacial se configura la acción (geografías de acción), bien sea en los momentos en los que se desenvuelven habitualmente las prácticas espaciales, o cuando ocurren turbaciones como las que produce el conflicto armado, las cuales llamamos según el trauma o expresamos pretendiendo poner en palabras lo indecible. Lo espacial nos define y nos transforma, en tanto produce un marco que le da sentido a lo vivido y que, por tanto, se inscribe y conservamos en la memoria corporal, de lugar y material, como prueba observable de la existencia del pasado en nuestro presente, con miras al porvenir. En lo que sigue, la investigación doctoral buscará hacer uso de los estudios socioespaciales para identificar de qué manera pueden acercarse al silencio que pueden producir las experiencias límite.

## Referencias bibliográficas

- Agnew, J. (2011). Space and Place. En J. Agnew y D. T. Livingstone (Eds.), *The SAGE Handbook of Geographical Knowledge* (p. 623). Londres, RU: SAGE.
- Aguillón, A. (2021). Desastre, memoria y materialidad: los objetos y la identidad de los armeritas 35 años después de la avalancha. *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe Colombiano*, 17(45), 178-203. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8634059>
- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México, México: Programa universitario de estudios de género.
- Araya-Ramírez, I. (2018). La espacialidad urbana en la construcción socio espacial de los lugares: una mirada desde el giro espacial. *Revista Geográfica de América Central*, 3(61E), 553-568.
- Arenas, S. (2014). *Os vaga-lumes da memória: altares espontâneos e narrativas de luto em Medellín-Colômbia*. Tese de Doutorado em Memória Social, Universidade Federal do Estado do Rio de Janeiro, Centro de Ciências Humanas e Sociais.
- Arenas, S., Vallejo, J. C., Betancur, A., Ramírez, C., & Lopera, Y. (2019). Memoria en la calle: repositorio de altares espontáneos creados en Medellín entre 1980 y 2014. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 42(1), 57-68.
- Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona, España: Gedisa.
- Augé, M. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, España: Gedisa.
- Barros, C. (2000). Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, (37), 81-94. Recuperado de <https://ddd.uab.cat/pub/dag/02121573n37/02121573n37p81.pdf>
- Benjamin, W. (2016). *El narrador*. Santiago de Chile: Metales pesados.
- Bergson, H. (2013). *Materia y memoria. Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. Buenos Aires, Argentina: Cactus.
- Blair, E. (1998). Memorias e identidades colectivas: desafíos de la violencia. *Estudios Políticos*, (12), 69-90. <https://doi.org/10.17533/udea.espo.16254>
- Blair, E. (2002). Memoria y Narrativa: La puesta del dolor en la escena pública. *Estudios Políticos*, (21), 9-28. <https://doi.org/10.17533/udea.espo.1413>

- Blair, E. (2013). El poder del lugar y su potencial político en la legitimación de la(s) memoria(s) del conflicto político armado. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 34(108), 65-78. Recuperado de <https://revistas.usantotomas.edu.co/index.php/cfla/article/view/1458>
- Blair, E., & Londoño, L. M. (2003). Experiencias de guerra desde la voz de las mujeres. *Nómadas*, (19), 106-115. Recuperado de <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/53529>
- Bradley, R. (2003). The translation of time. En R. M. Dyke, & S. Alcock (Eds.), *Archaeologies of Memory* (pp. 221-227). Berlin, Alemania: Blackwell Publishing.
- Brown, S. D., Reavey, P & Brookfield, H. (2012). Spectral objects: material links to difficult pasts for adoptive families. En P. Harvey, E. Conlin Casella, G. Evans, H. Knox, C. McLean, E. Silva, . . . K. Woodward, *Objects & materials* (págs. 217-230). Londres, RU: Routledge.
- Chevalier, J. (1974). Espace de vie ou espace vécu? L'ambigüité et les fondements de la notion d'espace vécu. *L'Espace Géographique*, 3(1), 68. Recuperado de [https://www.persee.fr/doc/spgeo\\_0046-2497\\_1974\\_num\\_3\\_1\\_1446](https://www.persee.fr/doc/spgeo_0046-2497_1974_num_3_1_1446)
- Cohen, E. (2003). Volver del campo de concentración: testimoniar ante el enmudecimiento de la lengua. *Metapolítica*, (28), 47-55.
- Das, V. (2008). La antropología del dolor. En V. Das (Ed.), *Sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp. 409-436). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas / Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- de Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. Ciudad de México, México: Cultura libre.
- del Valle, T. (1997). La memoria del cuerpo. *Arenal*, 4(1), 59-74. Recuperado de <https://revistaseug.ugr.es/index.php/arenal/article/view/22689>
- Domínguez, F. (2005). Re-pensando lo social: apuntes para la re-descripción de un nuevo objeto para la sociología. *Revista de Antropología Iberoamericana*, (Especial), 1-30. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1382241>
- Erll, A. (2012). *Memoria colectiva y culturas del recuerdo. Estudio introductorio*. Bogotá, Colombia: Uniandes.
- Ethington, J. (2007). Placing the Past: 'Groundwork' for a Spatial Theory of History. *Rethinking History*, 11(4), 465-493. <https://doi.org/10.1080/13642520701645487>
- Frejdkes. (2015). La memoria en el cuerpo. Cuerpo del drama. *Estudios del cuerpo escénico*, (4), 1-8. Recuperado de <https://ojs.arte.unicen.edu.ar/index.php/cuerpodeldrama/article/view/325>
- García, C. (2007). Conflicto, discursos y reconfiguración regional. El oriente antioqueño: de la violencia de los cincuenta al Laboratorio de Paz. *Controversia*, (189), 129-145.
- Giraldo, L. (2018). La espacialidad de la memoria y el recuerdo: los lugares en la memoria y la memoria en los lugares. En F. C. Abellán, F. J. Jover Marti, & R. C. Lois Gonzalez, *América Latina en las últimas décadas: procesos y retos* (pp. 1297-1316). Cuenca, España: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7192821>
- Gregory, D., Johnston, R., Pratt, G., J. Watts, M., & Whatmore, S. (2009). *The Dictionary of Human Geography*. West Sussex, RU: Wiley-Blackwell.
- Guglielmucci, A., & López, L. (2019). La experiencia de Chile y Argentina en la transformación de ex centros clandestinos de detención, tortura y exterminio en lugares de memoria. *Hispanic Issues On Line*, (22), 57-81. Recuperado de <https://hdl.handle.net/11299/212913>
- Guzmán, A. (2010). Reflexiones encarnadas: cuerpos que se piensan a sí mismos. *deSignis*, (16), 22-32. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=606066735003>
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza, España: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Harvey, D. (2006). Space as a key word. En N. Castree y D. Gregory (Eds.), *David Harvey: A critical reader* (pp. 270-294). Londres: Blackwell Publishing.
- Hubbard, P., Kitchin, R., & Valentine, G. (2009). Editor's Introduction. In P. J. Hubbard, R. Kitchin & G. Valentine (Eds.), *Key Thinkers on Space and Place* (pp. 1-15). Londres, RU: Sage.
- Huffschmid, A. (2013). La otra materialidad: cuerpos y memoria en la vía pública. En M. Á. Aguilar, & P. Soto Villagran (Eds.), *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias*

- sociales (pp. 111-138). Ciudad de México, México: Polis (Investigación y análisis sociopolítico y psicosocial).
- Jelin, E. (2020a). ¿De qué hablamos cuando hablamos de memoria? En E. Jelin, *Las tramas del tiempo. Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales* (pp. 419-439). Buenos Aires, Argentina: Clacso.
- Jelin, E. (2020b). Memorias en conflicto. En E. Jelin, *Las tramas del tiempo. Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales* (pp. 563-573). Buenos Aires, Argentina: Clacso.
- Jimeno, M. (2008). Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia. En V. Das (Ed.), *Sujetos de dolor, agentes de dignidad* (pp. 261-291). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas / Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid, España: Capitán Swing Libros.
- Lifschitz, J. A., & Arenas Grisales, S. (2012). Memoria política y artefactos culturales. *Estudios Políticos*, (40), 98-119. <https://doi.org/10.17533/udea.espo.13205>
- Lindón, A. (2009). La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento. *Cuerpos, emociones y sociedad*, (1), 6-20. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=273220612009>
- Lindón, A. (2012). Corporalidades, emociones y espacialidades: hacia un renovado betweenness. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 11(33), 698-723. Recuperado de <https://www.cchla.ufpb.br/rbse/AliciaLindonDos.pdf>
- Llona, M. (2012). Historia oral: la exploración de las identidades a través de la historia de vida. En M. Llona, *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales* (pp. 15-60). Bilbao, España: Universidad del País Vasco. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4202688>
- Löw, M. (2008). The Constitution of Space: The Structuration of Spaces through the Simultaneity of Effect and Perception. *European Journal of Social Theory*, 1(11), 25-49. <https://doi.org/10.1177/1368431007085286>
- Löw, M. (2013). O *spatial turn*: para uma sociologia do espaço. *Tempo Social*, 25(2), 17-34. <https://doi.org/10.1590/S0103-20702013000200002>
- Massey, D. (2004). Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, (57), 77-84. Recuperado de <https://publicacions.iec.cat/repository/pdf/00000019/00000025.pdf>
- Nora, P. (2008). *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Montevideo, Uruguay: Trilce.
- Olsen, B. (2010). *In Defense of Things. Archaeology and the Ontology of Objects*. Londres, RU: AltaMira Press.
- Piazzini, C. E. (2015). Buscando el lugar de los espacios y las materialidades en los estudios de la ciencia. *Documentos de trabajo, INER* (2), 2-42. Recuperado de <https://revistas.udea.edu.co/index.php/iner/article/view/24357>
- Pollak, M. (2006). Memoria, Olvido, Silencio. En M. Pollak, *Memoria, Olvido, Silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite* (pp. 17-32). La Plata, Argentina: Al margen.
- Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Santos, M. (1990). *Por una geografía nueva*. Madrid, España: Espasa Universidad.
- Santos, M. (1996). *De la totalidad al lugar*. Barcelona, España: Oikos-tau.
- Saravia, G. (2016). Cuerpo y memoria: el ser físico ante la experiencia atroz. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, (5), 765-774. <https://doi.org/10.6018/daimon/268871>
- Silveira, M. L. (2014). Geografía y formación socioespacial: por un debate sustantivo. *Estudios Socioterritoriales*, 16(1), 141-168.
- Soja, E. W. (1996). *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and other Real and Imagined Places*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Suárez, C. M., & Guglielmucci, A. (2022). Introducción. Materialidades, memorias y violencias en Sudamérica. *Millars. Espai I Història*, 53(2), 9-24. <https://doi.org/10.6035/Millars.2022.53.1>
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona, España: Paidós.
- Tuan, Y.-F. (1977). *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis, EE UU: University of Minnesota.

- Tuan, Y.-F. (2007). *Topofilia: un estudio sobre percepciones, actitudes y valores medioambientales*. Barcelona, España: Melusina.
- van Alphen, E. (2021). Experiencia, memoria y trauma: Síntomas de discursividad. En F. Ortega (Ed.), *Trauma, cultura e historia: Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio* (pp. 195-216). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Yory, C. M. (2007). Del espacio ocupado al lugar habitado: una aproximación al concepto de Topofilia. *Revista Barrio Taller*, (12), 47-64.